

# Manual del Caballero Rosacruz

## Aldo Lavagnini - Magister

014

### IN NOBIS REGNAT ILLE

Habiéndose encontrado la rosa filosófica (In Nobis Rosa Invenitur), que es la Sabiduría del Amor, o sea, el nitro del rocío (Igne Nitrum Roris Invenitur) -la sal de la tierra, en el sentido que le atribuye Jesús, como sabiduría terrena, nacida de la inspiración celestial- conocemos ahora la palabra viviente, el Verbo o Logos Divino que nos anima, y es Su Nombre, que cada uno de nosotros ha de glorificar en todo lo que hace.

Con eso la Gran Obra ha llegado a su término **-o sea, uno de sus términos, cumplimiento relativo, muy lejos de ser absoluto-** siendo el hombre potencialmente regenerado, por la mística virtud de ese Nombre, que se identifica con el Hombre Divino, creado en el principio por Dios "en su imagen y semejanza", o sea, el plan perfecto del G.·. A.·., para cuya siempre mejor expresión se halla ahora en condición de cooperar iluminadamente.

Únicamente cuando pueda decir con pleno conocimiento In Nobis Regnat Ille **-la Vida Elevada divina, crística e hirámica-** estará el recipiendario en condición de pronunciar la palabra de pase y ser ungido, armado y proclamado C.·. R.·. C.·., Caballero de la Verdad, que sólo puede alcanzar la inteligencia cuando se regenere como el Águila jupiteriana, y del Amor, que expresa el Pelicano.

Una antigua leyenda oriental, nos muestra pues en el águila el mismo proceso de la regeneración individual, dado que dicha ave debería (según esa leyenda), rejuvenecerse cada diez años, elevándose primero en raudo vuelo hacia el sol, para luego precipitarse y sumergirse en el mar, de donde sale purificada, con nuevas plumas, nacidas en lugar de las que se le habían quemado por el fuego solar. Es, en otra forma, el mismo símbolo del Fénix hermético, con la diferencia que en este último el renacimiento o paligénesis que se verifica de las propias cenizas, producidas por el ardor de un fuego interior, es más completo y radical **-verdadera resurrección-** parangonable a aquella de los huesos en la visión apocalíptica de Ezequiel.



Pero, en lo que particularmente se refiere a este grado, eminentemente filosófico, deben verse en las dos aves, cuyos nombres y símbolos se le acompañan, los emblemas de la Sabiduría y del Amor, y de la armonía perfecta que los une y enlaza, entre las dos piernas del compás, que de la mejor manera relaciona la periferia con el centro de toda manifestación. Hacia la Sabiduría y el Amor, y los poderes que de ellos derivan, **-las siete luces del candelabro y los siete hijos del pelícano-** debe pues constantemente esforzarse, el Caballero de la Rosa y de la Cruz, o sea de la aurora ideal que reconoce al Oriente, y de la sombra que esa luz proyecta al Occidente.

El Águila también indica, por su vuelo, la dirección del Norte, en donde se dirige la inteligencia en su búsqueda de la Verdad, iluminada por la luz de la fe igualmente el Pelícano ha de buscarse en las regiones del Sur, como el amor que se manifiesta en la fecundidad inextinguible de la naturaleza. En

cuanto a la Cruz, es la que realiza la esperanza mesiánica de la Estrella, que se encuentra en el camino del Occidente, mientras la Rosa es la aurora de la vida nueva que constantemente aparece al Oriente, para cumplirla.

También puede verse en el Águila el emblema de la Sabiduría Creadora del Padre (Zeus o Brahman), mientras el Pelicano representa el Amor o Fuerza Creadora de la Madre Divina, la luz latente e indivisible del primero, que en la segunda se hace manifiesta en los siete colores (representados por sus hijuelos), que constituyen las siete notas vibratorias de la Naturaleza, que encienden las siete luces del candelero, y se conducen en infinitas octavas en toda la gama de su múltiple expresión: pues, cada una de ellas es al mismo tiempo luz y sonido, nota y color, facultad activa y poder de percepción.

Igualmente, la rosa, muestra el centro de la Unidad, que se expresa como multiplicidad en todos los seres y formas de la creación, la conciencia de lo Eterno y la Divina Omnipresencia que trasciende todos los límites del tiempo y del espacio. Mientras la cruz, es naturalmente emblemática de dichas limitaciones, y del campo de la relatividad en el cual, la Eterna Realidad que aquella representa, parece manifestarse de una manera progresiva y gradual, naciendo y floreciendo sucesivamente, para luego desfloreecer y morir.

Sin embargo, a pesar de esa apariencia, no cesa de ser su carácter verdadero eterno, inmortal e incorruptible, pues, como Divina Realidad, nunca cesa de existir, y nada puede destruirla y manchar su inherente perfección. Conciliar esa conciencia de lo relativo que indica la cruz, y de lo eterno que representa la rosa, en su constante florecer; expresar la inteligencia y el agudo discernimiento que indica el Águila, con la bondad operativa y desapasionada que simboliza el Pelicano, de manera que lo Divino que vive en nosotros, pueda manifestarse en una forma siempre más perfecta y elevada, reinando en todos los aspectos de vida interior y exterior: he aquí la enseñanza que nos dan y la tarea que nos proponen esos símbolos del grado de Rosacruz.